

# La Crisis de Argentina: Reflexión sobre la Representación Política y la Democracia

Marina Larrondo

Nicolás Patrici

UBA

**Resumen:** Las crisis de las instituciones representativas han sido una constante durante la reciente historia latinoamericana. El caso argentino es especialmente atractivo en este sentido. La década de los noventa y su significación social terminó abruptamente en la crisis de 2001. Nuestro trabajo intenta, en función de recuperar el debate sobre la representación política y la democracia, cruzar estos conceptos con el desarrollo de la crisis. La necesidad de la representación política, la contingencia de lo social y la irrupción de lo político como fuerza novedosa han sido algunas de las lecciones que legó la crisis argentina. Analizar la crisis a la luz de la teoría de la representación y la democracia es la tarea que este trabajo se propone.

**Palabras clave:** protesta, crisis de representación, democracia argentina, sistema político, ciudadanía, nuevas identidades.

**Abstract:** *The aim of this paper is to analyze the potencialities and weakness of the Latin American Insitutions in general, and in particular the problems of the argentinians ones. The 2001 Argentinian crisis set up a new discourse in wich the actauull government legitimice itself. However, the process of the crisis show a very intresting relationship between Crisis, Representation and democracy wich we want to work on looking for the potentilities of the of the process.*

**Key words:** *protest, crisis, performance, democracy, politic system.*

## Introducción

Este trabajo intenta pensar dos procesos imbricados y paralelos del pensamiento político moderno: la representación política y la democracia. Las jóvenes democracias latinoamericanas caminan por un sendero donde el populismo, la crisis y la ruptura de los tejidos sociales son una constante. El caso argentino parece paradigmático en este sentido.

Por ello plantaremos nuestro problema a la luz de la crisis argentina acontecida en diciembre de 2001, la cual puso en jaque a la

representación política, a la vez que cuestionó la idea misma de democracia.

Las asambleas barriales tuvieron el “mérito” de haber sido un espacio donde muchos ciudadanos incurrieron a querer hacer y construir “ya” un espacio público que parecía estar, en el mejor de los casos. “desdibujado”, o en el peor, no existir. Sin embargo, el proceso no desembocó en que éstas se transformaran en una alternativa política que involucrara la construcción de una o unas nuevas identidades diferenciales que interactúen con otras diferencias en la comunidad política, sino que se perdió en su propio particularismo. Luego de la crisis de representación y el desastroso desenlace del gobierno de De la Rúa, la ciudadanía se volcó nuevamente y masivamente a las urnas, y sustentó la construcción de un novedoso liderazgo capaz de establecer un nuevo consenso.

Si en unas pocas palabras pudiéramos explicar este proceso, podríamos decir que Kirchner tuvo en este primer momento, la “virtú” de lograr instituir una frontera exitosa con el pasado, de representar una reconstrucción de lo público, de lo social, de la comunidad, creando con relativo éxito un “sentido” que remplazó aquel vacío que se desnudó en diciembre de 2001, apropiándose de muchos de los elementos discursivos planteados en aquel diciembre.

A nuestros fines, nos centraremos en la descripción del proceso sociopolítico que ocurrió en dicho mes con el fin de responder a dos preguntas centrales: ¿es la representación política una cuestión necesaria? y ¿cuál es la relación existente entre el juego democrático y los procesos de crisis?

Intentar pensar lo que significó la crisis argentina de 2001, resulta al menos complejo. Nuestro propósito aquí es articular los sucesos que el 20 de diciembre de 2001 han sacudido lo que parecía, en aquel momento, la “quietud” de la sociedad argentina, para, a través de ello, contribuir al debate respecto del análisis de las potencialidades de la estabilización del conjunto social.

### **Apuntes sobre la crisis de representación en Argentina**

Comprender los acontecimientos de diciembre de 2001 indefectiblemente nos lleva a enmarcar el proceso en la tan mentada “crisis de representación”. Por ello consideramos imperioso, para conseguir una interpretación viable de nuestro problema, hacer un

recorrido teórico conceptual acerca de lo que entendemos como “el problema de la representación”.

Un primer elemento por tener en cuenta es que el mecanismo de la representación es una necesidad en la vida política, en tanto la representación es un momento constitutivamente ineludible en la autoconstrucción de la totalidad social (Laclau, 1996). De esta manera, dicha cuestión no se refiere únicamente a un problema entre “ciudadanos” con intereses ya constituidos y una entidad que los representa, ni solamente a la relación entre estas entidades y el sistema político-partidario. Un planteo con esas características, lejos de acercarse a lo que aquí entendemos como representación, se cierra sobre sí mismo en estrechos límites institucionalistas, dejando de lado la interconexión permanente y obligatoria del sistema político con la sociedad y su papel como generador de sentido, su rol en la construcción de identidades políticas como grupos de acción colectiva y la centralidad de los representantes en la conformación misma de los intereses y las demandas (Aboy Carlés, 1996). Por esto mismo no acordamos con la postura que señala que la representación se confiere sólo a la hora del sufragio: es decir, que los ciudadanos transfieren su representación de modo completo por medio del voto, y que cualquier remoción de tal función se haría nada más por ese medio. Por el contrario, sostenemos que existen múltiples “formas” de desacreditación del proceso representativo que exceden la cuestión electoral; una de ellas son las acciones de protesta. Las acciones de protesta no reflejan sólo la desacreditación del sistema político, sino que se transforman, en muchos casos, en una vía más de interacción con el mismo.<sup>1</sup>

Por lo tanto, entender la palabra “política” como sustantivo implica dejar de lado una interpretación de lo político que considera a este adjetivo como una “forma coextensiva con lo social” (Aboy Carlés, 2001). Entonces, la crisis de representación no refiere de manera autónoma y unívoca a una crisis de liderazgos, de partidos políticos, de

---

<sup>1</sup> Estamos pensando, por ejemplo, en la relación de los sectores piqueteros y el Estado. El corte de ruta no puede ser pensado sólo como acción de mera protesta, sino como una estrategia política fundamental, para hacer oír sus demandas por parte del Estado. Apoyando lo que nosotros sostenemos, los piqueteros son un ejemplo de cómo se intentan construir identidades por fuera del sistema político partidario.

“credibilidad”, sino más bien articula todos estos elementos afectando, por lo tanto, a la composición misma de la sociedad en tanto comunidad política y a las identidades diferenciales en las que, en tanto grupos sociales, pugnan en la batalla por la definición y la resolución de los asuntos públicos.

En este trabajo comprendemos, siguiendo a Aboy Carlés, la representación como la conformación misma de la presencia de lo representable, lo representado y el representante, como un juego de suplementos que se requieren internamente como un exterior constitutivo que colma una falta del adentro mismo. Lo representable, lo representado y el representante se integran en un mismo proceso al que denominamos representación: constitución de la presencia, la identidad y los liderazgos (Aboy Carlés, 2001).

En coincidencia con este enfoque, nuestra intención es remarcar la imposibilidad de la representación total y, en el mismo sentido, la imposibilidad real de la existencia de una totalidad social absoluta, cerrada, reconciliada consigo misma, como parecen pretender los esquemas que entienden al “distanciamiento frente a lo político” como a un problema de subsistemas aislados y no articulados a la generación de identidades sociales diferenciales.

La sociedad argentina de los últimos veinte años suponía la existencia de identidades (actos de identificación política) relativamente exitosos en tanto constitución de discursos aglutinantes de colectivos identitarios. La muy aparente “quietud” ciudadana respondía,<sup>2</sup> a nuestro criterio, a una identificación ya articulada de los actores sociales. Los principales actores políticos (partidos políticos, sindicatos, líderes, etc.) conseguían aglutinar y elaborar identidades que, de una manera u otra, involucraban al grueso de la sociedad logrando representar “intereses comunes” de los distintos sectores. No es nuestro propósito hacer un análisis histórico de las formas de subjetividad de la Argentina contemporánea, pero sí resaltar que la

---

<sup>2</sup> Nos referimos aquí a la lógica política que se constituyó básicamente en la década de los noventa, es decir, a la poca visibilidad de la “política” en el espacio público. Sí debe decirse que a lo largo de dicha existió un “simulacro” de aparición pública, en el cual los medios de comunicación tienen una relevancia insoslayable. Para un desarrollo más profundo del tema véase Pérez, Germán (2001).

quietud aparente de la participación pública de la ciudadanía parecía responder a una coherente o al menos bien articulada lógica de identidades y sentidos asumidos. Aún en los momentos de mayor efervescencia política de la vida argentina, la aparición en la escena pública de la “multitud” no parecía estar dada por el espontaneísmo sino, por el contrario, guardaba una lógica de identificación y de acción capaz de reproducir y de re-generar identidades políticas.

En este sentido, los partidos políticos tradicionales UCR, PJ alcanzaron, en el periodo del retorno democrático, la rearticulación identitaria. El “alfonsinismo” pretendió postularse como un discurso hegemónico a través de diferenciarse de los fantasmas del pasado dictatorial de la década de los setenta y del fracaso militar en Malvinas asumiendo la promesa de que el bienestar social vendría de mano de la democracia (Aboy Carlés, 2001).

El “menemismo”, por su parte, construyó una alternativa identitaria a la tradicional matriz peronista, generando sobre sí mismo un discurso hegemónico, postulando a la crisis del gobierno radical previo (sobre todo al periodo hiperinflacionario y a las orientaciones socialdemócratas propias, según el mismo Menem del alfonsinismo, pero también de ciertos sectores del peronismo<sup>3</sup> como el elemento que conformó su límite diferencial, su exterior constitutivo. El éxito de esta articulación discursiva, le permitió a Menem implementar las reformas neoliberales concertando consensos dentro de su propio partido, pero también integrando a los sectores sociales más altos, y en gran medida, a la clase media (*ibid.*).

Si los gobiernos de Alfonsín y Menem lograron erigir un fuerte liderazgo se debió a su clara ruptura con el pasado; sin embargo, implicó una abrupta transformación de las clásicas identidades tanto peronista como radical.

Ahora bien, la coalición que cayó en el mes de diciembre de 2001 intentó generar un discurso diferenciándose del pasado “menemista”, al cual proponía identificar con la corrupción y el avasallamiento institucional. La transparencia de la gestión y la promesa

---

<sup>3</sup> Nos referimos al movimiento renovador del peronismo en los primeros años de la democracia pos-83, siendo Antonio Caffero su claro exponente. Véase Aboy Carlés (2001) y Novaro (1999).

redistribucionista sumada a la intención de constituir un “sistema económico más equitativo”, parecían ser los elementos que irían a distinguir al discurso de la Alianza del pasado reciente menemista.

Debemos ahora relativizar la afirmación sobre la “quietud” de la ciudadanía argentina que mencionábamos párrafos anteriores y señalar que es justamente durante los años noventa donde, frente a las políticas de Estado neoliberales, comienzan a aparecer en la escena pública, con cada vez mayor fuerza, diferentes acciones de protesta que esbozan la configuración de nuevos grupos sociopolíticos. Estos grupos que se movilizan en acciones de protesta consiguen formar canales de inscripción de demandas y constitución de identidades por fuera de las organizaciones políticas tradicionales (partidos políticos, sindicatos) (Armellino, 2001; Pérez, 2001).

Podemos decir que “el campo estaba ya minado”,<sup>4</sup> y la Alianza (coalición gobernante desde 1999 hasta 2001) no supo entonces generar un discurso capaz de articular los diferentes intereses en una identidad partidaria que se postule como “hegemónica” y que sea capaz de liderar una salida a la crisis económico-social. De este modo, los “acontecimientos de diciembre” no pueden verse por fuera de un contexto que supone no sólo la explosión de una crítica sedimentada, sino también la aparición de nuevos colectivos que cuestionaban las identidades y formas organizativas tradicionales. Un ejemplo claro de estos nuevos actores e identidades que fueron conformándose en los noventa, lo constituye la Central de Trabajadores Argentinos (CTA):

*Los militantes de la CTA (...) coinciden en que el origen de la Central responde a un dato: la crisis del modelo sindical tradicional, expresado en la incapacidad para representar a los trabajadores respetando el marco que el sindicalismo tradicionalmente había tenido. Dice Lozano: Frente a esa situación, la propuesta de la Central intenta construir un espacio de unidad político-organizativa para los trabajadores desde una perspectiva distinta, que supone que para hacernos cargo de la fragmentación de los trabajadores, una*

---

<sup>4</sup> Cabe señalar aquí que a lo largo del periodo 1989-1999 se registraron, según un trabajo realizado por el equipo del proyecto UBACyT S064: “La transformaciones de la protesta social en Argentina 1989-1999”, alrededor de 1,700 actos de protesta. Véase en este punto también respecto al avance de las acciones de protesta durante la década de los noventa, Scribano (1999), Scribano y Schuster (2001), Schuster (1995), Schuster (1997, 1999), Schuster y Pereyra (2001), PyMSA (1997, 1998, 1999 y 2000), OSAL (1999, 2000<sup>a</sup>, 2000b, 2001).

*nueva central que los nuclea ya no puede basarse en la organización de los trabajadores formales como tampoco puede ser ya el sindicato la única forma organizativa que adopte el movimiento de los trabajadores; puede haber otro tipo de organización en la que los trabajadores canalicen sus demandas (Armellino, M., op. cit.).*

La re-escenificación del conflicto y de la política en el sentido que aquí la entendemos, fue un proceso que se desarrolló durante toda la década de los noventa, y es un antecedente que no puede dejar de ser tomado en cuenta.

El ruido de las cacerolas que cargado de “espontaneísmo” irrumpió en la “muy aparente quietud” de una, ya en ese momento cuestionada totalidad social, se produjo en primera instancia como un hecho de protesta. Sin embargo, no basta el análisis de la acción de protesta para intentar deglosar algún sentido de lo que estuvo puesto en juego en ese momento. Si bien podemos suponer los motivos de la acción colectiva (en tanto demandas y aglutinamiento de las mismas corralito, depósitos trabados, justicia-corrupción), los discursos generados en el mismo acto parecieron tener alcances políticos impensados en aquel momento. Los efectos de este proceso suponen la necesidad constante de la regeneración de un discurso por parte del gobierno que logre diferenciarse de su antepasado, construyendo un ideario social que legitime su estabilidad.

Qué alcances impensados acarrearán sobre sus espaldas las cacerolas, qué sentidos se reconfiguran, qué construcciones simbólicas se ponen en juego en las asambleas, qué reconstrucción del sentido de lo público se esconde en el acontecimiento, es lo que intentaremos deglosar en los párrafos siguientes.

### **Cacerolazos y asambleas barriales. Los significados de la protesta**

Para comenzar con esta argumentación es esencial detenernos un minuto en una distinción que consideramos crucial al desarrollo de lo que aquí sigue: diferenciar los cacerolazos ocurridos los días 19 y 20 de diciembre de 2001 con los que le siguieron, y con las asambleas que se dispararon a partir de estos sucesos, como forma diferente y novedosa de expresión pública y ciudadana en la sociedad argentina.

Separar esos hechos implica interpretar al menos tres momentos: *a)* la espontaneidad que se visualiza en las jornadas de diciembre, *b)* la oleada de protestas con demandas claras y puntuales que le siguieron, y *c)* las asambleas, que si bien podemos verlas como un acto de protesta

que articula demandas, creemos que excede a la misma, que dice y que hace algo más que la expresión de una demanda puntual.

El cacerolazo del 19 y 20 de diciembre de 2001 acarrió, por un lado, consecuencias ético-políticas quizás impensadas por los actores que lo protagonizaron, a la vez que, por otro, como protesta, los cacerolazos<sup>5</sup> que siguieron al estallido del 19 y 20 de diciembre pusieron en juego capacidades y recursos muy distintos a los puestos en juego en las protestas que le continuaron y en las asambleas que aparecieron luego.

Entendemos que los motivos puestos en escena en las protestas al estilo de los cacerolazos del enero siguiente guardaban un grado de aparente homogeneidad en tanto demandas puntuales e interconectadas. Durante las semanas de enero de 2002<sup>6</sup> los diversos hechos de protesta se interconectaron aunque sus actores guardaban una misma lógica y perseguían un objetivo: ver cumplidas sus demandas por parte del Estado. Así los llaverazos perseguían el objetivo de la pesificación de sus créditos y los caceroleros frente a los bancos, demandaban la no pesificación de sus depósitos, ambos actores colaboraban entre sí participando de la protesta tanto de la que tenía como principal protagonista a “las llaves” como de la que tenía como principal enemigo a los “bancos”. Y si bien en estos hechos se filtraban de manera casi microporosa elementos o consignas aglutinantes que parecían unir a los agentes de la protesta (por ejemplo, el lema “yo no lo voté” o “que se vaya” o “no roben más”), por otro lado las demandas eran relativamente puntuales, y se expresaban frente a un sistema incapaz de dar respuesta a ellas.

Lo que aquí pretendemos resaltar es que este tipo de protestas, a las que ahora llamaremos tradicionales,<sup>7</sup> no parecen tener la posibilidad de perdurar por fuera de su demanda puntual. Las consecuencias de estas

---

<sup>5</sup> Entiéndase cacerolazo como llaverazo también, y otras formas que asumió y asume la protesta.

<sup>6</sup> Véase para un análisis más acabado del desarrollo de los actos de protesta entre diciembre de 2001 y marzo de 2002, Schuster, F., Pérez, G. *et al.*: *op. cit.*

<sup>7</sup> Estas protestas, que llamamos tradicionales, se insertan, sin duda, en un contexto de efervescencia, es decir, un contexto crítico que, como mencionábamos, hace explosión en el espontaneísmo del 19 y 20 de diciembre; por lo tanto, si bien mantienen una lógica particular en tanto protestas, creemos que no es posible interpretarlas sin tener en cuenta el contexto crítico y abierto en el cual se insertan. Uno de los indicadores que

acciones, en tanto los recursos limitados que los sujetos que las protagonizan ponen en juego, no permiten avanzar hacia, al menos aparentemente, la construcción de una nueva lógica simbólica, aunque colaboraron en este sentido. Es necesario destacar que éstas se expresaron en términos de una acción colectiva al igual que el “cacerolazo del 19 y 20”, pero éste, sin embargo, tuvo, en apariencia, la fuerza del acontecimiento y la característica de “lo espontáneo”.

Nuestra hipótesis intenta plantearse que las asambleas fueron el resultado de dicho acontecimiento que desnudó casi escandalosamente el vacío traumático y real de la imposibilidad de la conformación plena de la totalidad social, poniendo en absoluta evidencia lo que comúnmente llamamos como “crisis de representación”. Además, los actores, en tanto fueron más allá de la acción colectiva, problematizaron en el espacio público cuestiones que superan las reivindicaciones puntuales y particulares, abriendo de esta manera el juego a la configuración de nuevas identidades que pugnen por llevar adelante nuevos tipos de acción. A la vez, estas nuevas identidades mostraban un cuestionamiento de la democracia y del funcionamiento de la misma.

Lo novedoso es, sin duda, “el escándalo” que provocó el cacerolazo de diciembre de 2001. Ese hecho de protesta que a través de las cacerolas desnudó mucho más que a un gobierno, logró poner sobre el tapete el problema de la representación política, por un lado, y, por otro lado, mostró con toda su furia el poder de la aparición.

El cacerolazo del 19 y 20 de diciembre, hemos dicho, desnuda algo más que un “gobierno incapaz”, desnuda, a nuestro criterio, la existencia de un vacío constitutivo, un nudo. Quizá de manera muy arriesgada podríamos decir que se manifiesta con toda su crudeza dicho vacío y obliga a re-construir nuevos sentidos de lo público, nuevas redes subjetivas, nuevas identidades.

El cacerolazo del 19 y 20 fue, entonces, un grito que se resumió en una expresión que parecía aglutinar a todos los que de él participaron: “basta, que se vayan todos”. Ese basta no expresaba una demanda

---

permitieron observar esto fueron, por ejemplo, la “forma” de la protesta: la forma cacerolazo que irrumpe en diciembre es utilizada en numerosas modalidades de protestas diferentes por estos días.

puntual y tangible frente a un sistema (in) capaz de filtrarla, más aún, podríamos afirmar que las demandas de los muy heterogéneos actores que participaron de esas jornadas eran de índole muy dispersa, en tanto intereses por conseguir. No acordamos con las visiones que expresan que fue sólo un logro de clases medias urbanas que protestaban contra el “congelamiento” de sus depósitos, como tampoco con aquellas visiones que radicalizando mucho la argumentación intentan suponer que en esas jornadas se pusieron en juego las instituciones de la democracia-liberal. Decimos que lo que una multiplicidad de actores gritaron, pidieron y exigieron puso en jaque a la misma representatividad, pero no la representatividad en sí, como mecanismo necesario, sino que desnudó toda su complejidad en tanto constitución de sentidos y, por lo tanto, el carácter contingente de dichas articulaciones.

### **Lo político cuestiona “la política”**

¿En qué sentido la representación política fue puesta al desnudo en ese quiebre? Creemos que los discursos que se fueron generando dentro de la misma acción hicieron visible un quiebre identitario con lo que los asambleístas llaman “política”. Paradójicamente, la crítica a la política es, sin duda, un hecho político.

Este quiebre identitario desnudó la realidad, mostrando que la totalidad societal es una totalidad imaginaria, exhibiendo un (el) vacío traumático que debe ser llenado, pero que, empero, pone de manifiesto a la misma lógica democrática (Lefort, 1993). Este es el punto destacable. Una red subjetiva pareció haberse roto y otra comenzó a emerger.

Decíamos en nuestra introducción que la “muy aparente quietud ciudadana” fue “asombrosamente interrumpida” por el ruidoso sonar de las cacerolas. El significado que le encontramos a aquella “aparente quietud” puede, tal vez, arrojar alguna luz sobre nuestro análisis. Bien suponía, como señala Laclau, el joven Marx en “La cuestión judía”, que “una totalidad social que carece del espejo de su propia representación es una totalidad social incompleta” (Laclau, 1995). Entonces es importante resaltar en este punto la imposibilidad de una totalidad real: la identidad sólo puede alcanzarse en tanto el sujeto se refleje en Otro que le dé una imagen de unidad. Dicho espejo es indispensable para cualquier grupo humano que pretenda conformar una comunidad y no una mera sumatoria de individuos aislados. Y es,

justamente, este espejo ilusorio el que se rompió con el ruido de las cacerolas colocando al desnudo el vacío, la falla propia de toda comunidad en su intento por constituirse como tal.

Las cacerolas pusieron de manifiesto un abismo, pusieron de manifiesto lo obvio de manera inocentemente peligrosa. Cortaron el lazo identitario existente entre ciudadanos y políticos situando el problema de frente a los sujetos, en otras palabras, obligándolos a enfrentar el estado real de las cosas. Asumir el estado real supone siempre una catástrofe: ese hecho liberador involucra consecuencias terribles para red subjetiva en la que se produce; “pone en marcha la catástrofe al cometer el desatino de sacar a la luz lo que debe permanecer tácito para que conserve su consistencia la red intersubjetiva existente” (Žižek, 1998).

El enfrentamiento con lo real nos arroja de lleno, ahora sí, al problema de la representación política puesta en juego en la Argentina contemporánea. Si consideramos la representación como un doble problema, primeramente la imposibilidad de la representación completa del representante por parte del representado y, por otro lado, la necesidad de la representación en tanto re-llena un vacío, siguiendo a Laclau: “Hay una opacidad, una impureza esencial en el proceso de representación, que es la mismo tiempo su condición de necesidad y de imposibilidad” (Laclau, *op. cit.*), nos encontramos frente a un problema más amplio, un problema de constitución de identidades políticas.

La necesidad de la construcción identitaria es inherente al sujeto en tanto tal, y la lógica de la representación puede ser entendida en muchos campos y a través de muchos ejemplos; sin embargo, nos centraremos en el intento de pensar el vacío que se desnudó luego de que esa lógica de creación necesaria fuera puesta en evidencia por el retumbar de las cacerolas.

Si hemos dicho que la representación es esencial para la construcción identitaria de los sujetos sociales en tanto sujetos y en tanto el vacío original en la identidad del representado es llenado siempre por el representante, podríamos decir que la identidad del representado es de alguna manera “formada” por el representante, la eclosión de ese vacío nos podría arrojar entonces a un “avance” en la vida democrática. Esta afirmación implica sostener que la proliferación de la diferencia, por un lado, y, por el otro, el

requerimiento de reformular representaciones en un sentido más amplio no son ya un complemento sino una necesidad, siendo de alguna manera, la constitución de la sociedad como totalidad, como real lo que está en juego.

El proceso por el cual las sociedades relativamente “estables”, “quietas” reafirmaban la lógica de la representación es el que ahora se dejó ver manifiestamente en crisis. Entonces, si seguimos el análisis de Laclau respecto a la representación debemos afirmar con él que: “el papel constitutivo de la representación en la voluntad colectiva, que fue ocultado en parte en las sociedades más estables, pasa a ser ahora plenamente visible” (Laclau, *op. cit.*).

En los “acontecimientos de diciembre” pareció ponerse de manifiesto por un lado el vacío por llenar, y, por otro lado, la necesidad de que el proceso de la representación opere de muchas más formas, que se diversifiquen los nudos en los que el proceso opera, generando múltiples y heterogéneas identidades que posibiliten alternativas “más democráticas”: una mayor diversificación de la pluralidad, traducida en nuevos grupos, nuevas identidades, nuevos problemas, nuevas formas de institucionalización. Pero no podemos dejar de tener en cuenta el papel relevante que juega el contexto en estas formaciones, de tal modo que la generación de múltiples y heterogéneas particularidades no necesariamente nos hacen avanzar a una ampliación democrática, sino que deben ser combinadas por un afuera, por un otro diferencial que no debe ser eliminado. En otras palabras un exterior constitutivo de las nuevas formas diferenciales.

Intentaremos afirmar que el exterior de este proceso se escondió bajo la figura discursiva de un Ellos: “Los políticos corruptos”.

Una vez esbozado el problema de la representación, nos interesa reflexionar sobre aquella pregunta que, tácitamente, se ha ido reformulando a lo largo de esta argumentación: qué identidades se reconstruyen, de qué manera los discursos construyen un nuevo campo simbólico; y ahora podríamos agregar, cuáles de todas estas consecuencias, si las hay, contribuyen a la democracia y cómo se articulan.

Lo que nos muestra el discurso de los actores que participaron de aquel proceso de des-ilusión es que la lógica de la representatividad estuvo en jaque, pero no como proceso necesario sino en tanto “pacto”

simbólico tradicional en la sociedad argentina: ellos (los políticos) ya no cumplen su tarea de representantes.

La frase “que se vayan todos” parecía encarnar el rechazo por la “política”,<sup>8</sup> manifestándose como el exterior constitutivo que hace que se configuren los significantes e identidades que están en juego en este proceso confuso, desordenado, caótico. De manera tal que en un primer momento toda nueva identidad debería articularse oponiéndose, de algún modo, a “la política / los políticos”. Al menos en el sentido que los propios actores le daban a lo político.

Como venimos sosteniendo, parece ser que lo que antagonizó el sistema fue “la política, los políticos, los ellos”. El voto bronca las expresiones de descontento y el crecimiento de la protesta social en la década de los noventa no son más que la lógica consecuencia del descreimiento generalizado hacia “la política”, estos hechos, además, conformaron justamente un largo proceso de constitución simbólica que fue generando la crisis identitaria.

Es entonces donde el “que se vayan todos” cobra sentido. Al escuchar atentamente a quienes participan de las asambleas, y al mirar sus prácticas, se observa que lejos de ser una mera expresión de descontento, es una expresión que remite al intento de reconstituir ese espacio simbólico indispensable que es lo político.

En varios testimonios se solía resaltar el descontento, la decepción hacia la dirigencia. Frente a la pregunta por lo político de la acción asamblearia, muchos actores establecían la distinción: “yo hago política comunal”, “esto es la verdadera democracia”, “queremos discutir qué clase de país queremos”, “hay una enorme crisis de representatividad política, y creo que esta es la demanda central de estas asambleas. Queremos discutir por nosotros mismos. Estamos discutiendo qué tipo de democracia queremos. Este es el eje de la discusión”; “estamos de acuerdo en que se vayan todos pero el problema es ¿quién viene? Ese es el gran problema”.

---

<sup>8</sup> Debe entenderse que cuando decimos *política*, y hacemos referencia a un exterior constitutivo, estamos refiriéndonos a *ellos*, que según los actores representan a *la política*. En este sentido, los actores igualan discursivamente a los políticos con corrupción y a ésta con la “política”.

Otro asambleísta afirmaba que su objetivo era “construir una herramienta política que nos permita elaborar una alternativa. Todos los políticos que estén dispuestos a acompañar la lucha del pueblo se salvarán. Si se quedan en la oscuridad de los contubernios, el pueblo los va a pasar por arriba. Nadie va a rechazar a los que caminen con el pueblo pero hay gente a quien no le damos ni el beneficio de la duda, la UCR, el PJ y los partidos liberales”.

Estos testimonios demuestran cómo la consigna no era una simple expresión de descontento, sino que había puesto de manifiesto la necesidad de la actividad política. En la mayoría de los casos, al mencionar si esta práctica era una forma de hacer política, los entrevistados se encargaban de hacer la distinción: la llamaban política vecinal en algunos casos, verdadera democracia y “verdadera política” en otros, y se veía un rechazo por formas y organizaciones partidarias tradicionales. El mayor temor de las asambleas era ser “cooptados” por algún partido, de ahí el nombre común “autoconvocados”, “asambleístas”.

A nivel identitario se puso de manifiesto la no pertenencia a viejas identidades, y en algunos casos la voluntad, muchas veces explícita, de construir nuevas. En el caso de las asambleas, muchas veces esto se presentó vinculado con lo barrial, pero también a la condición de “ciudadanos” en tanto lo que subyacía detrás de sus discursos era el (auto)reconocimiento como sujeto de derechos. Una noción de ciudadanía que se esforzaba por diferenciarse de los otros, sinónimo de una democracia a la que consideraban falseada, traicionada.

Concluyendo este punto, podría decirse que la crisis argentina puso al descubierto, sociológicamente, las consecuencias y potencialidades que suponen la rupturas de los pactos simbólicos que establecen el lenguaje común, mostrando lo traumático y necesario de los procesos de representación política: a nivel social “lo político” perdía sentido para los sujetos, al menos desde su propio nivel de discurso.

El ejemplo de la crisis argentina muestra de manera clara que las sociedades son siempre construcciones simbólicas endebles, siempre imposibles a la vez que indispensables, y, cuando el momento de apertura se hace presente, el Sujeto como tal tiene ante sí la enorme potencialidad de reconfigurar sentidos, de generar nuevos campos, en definitiva, de reconstruir el sentido de lo público.

## **Crisis y democracia**

La pregunta por la democracia subyace en todo este análisis, por lo tanto, realizarse la pregunta sobre cómo afectan estos acontecimientos a la vida democrática es, sin duda, fundamento último de todo lo hasta aquí escrito.

Para poder establecer algún análisis sobre la cuestión de la democracia y la crisis debemos acercarnos a una definición de democracia, y en este sentido diremos, siguiendo a C. Lefort, que la democracia es una forma de sociedad, una forma de régimen que se caracteriza por plantearse la pregunta acerca de sus propios horizontes de legitimidad, mas nunca respondiendo a ella sino dejándola siempre abierta.

En este sentido, y teniendo en cuenta que esta indeterminación es propia de la forma del régimen, podemos decir que la democracia es una forma de sociedad con una particular configuración de sentido, en la cual el poder emerge como un lugar vacío, un lugar inocuapable.

Lo propiamente político es dar sentido, y la estructura misma de una sociedad es su puesta en sentido por la cual se organiza la realidad a través de clasificaciones significativas, de tal manera que la puesta en sentido de una sociedad es su mismo orden simbólico. Lo propio de la sociedad democrática es la imposibilidad de que un sentido quede fijado de una vez y por siempre.

Así, retomaremos la segunda parte de nuestra hipótesis inicial en la cual enunciábamos que las asambleas problematizaron cuestiones en el espacio público que iban más allá de la mera reivindicación individual en un contexto crítico. En este sentido, esta problematización que “dice algo más” se vincula directamente con el planteo sobre la cuestión democrática.

Intentaremos, entonces, dar un paso más en el análisis y mostrar cómo, en el caso argentino, las asambleas configuraron nuevos espacios de acción política (que se dispararon de las jornadas de diciembre), que no sólo desnudaban la lógica de la representación sino que al hacerlo, ponían de manifiesto la lógica misma de la democracia.

Debemos, en primera instancia, dedicar algunas líneas a aquellos nuevos espacios de acción política reconstituidos y regenerados por la práctica asambleísta, para lo cual no podemos obviar las jornadas de diciembre que imaginariamente subyacían en el discurso de los actores

que participaron de las asambleas, al menos en potencialidad, como “el hecho fundante”, como des-encadenador de este proceso.

Estos “nuevos espacios”, aparentemente novedosos en la vida política de la sociedad argentina, guardaban en sí mismos toda la potencia de generar un avance considerable en la vida democrática, en tanto los discursos que en él se instituían, desnudaban la lógica misma del sistema de representación y más aún, la esencia de la democracia.

Los discursos y las acciones en las asambleas establecían una discusión en la que subyacía la pregunta por la democracia. No parecían los actores cuestionarse al sistema democrático-liberal en su conjunto, pero sí discutían los horizontes de legitimidad del mismo y ponían como eje de la discusión el funcionamiento de las instituciones democráticas, desde el mismo mecanismo-dispositivo de la democracia, es decir, la indeterminación de la constante puesta a debate, colocando en él cuestiones que excedían a la reivindicación de algún interés particular.

Detrás de las valoraciones sobre el contenido mismo de la democracia se encuentra, indudablemente, la reconfiguración y la discusión permanente respecto a lo que la democracia es, lo que la soberanía es, lo que es ser ciudadano, en síntesis: podemos efectivamente apreciar cómo las asambleas comportaron una puesta en trama discursiva y una postura activa (además) frente a los principales “ejes” de la forma democracia.

Concretamente, las asambleas no fueron sólo organismos de deliberación ni mera inscripción de demandas, sino que intentaron postularse como fuentes de acción comunal. Es cierto que una de las principales actividades de las asambleas era convocar, coordinar, organizar o participar en apoyo a diversas protestas; sin embargo, también se desarrollaron, por un corto tiempo, actividades autogestivas, como petitorios, organización de comedores escolares, reparto de ropa, cine debate, reclamos ante autoridades municipales, juntas de firmas, clases de apoyo, clubes de trueque, huertas orgánicas, la gestión de no pago de servicios públicos a desocupados, etc. Y así continúa un sinnúmero de actividades comunitarias, donde el único eje no era la protesta (aunque ésta funcione en muchos casos como

estratégica), sino que se sumaban, además, acciones concretas para mejorar la calidad de vida, y al mismo tiempo la discusión y deliberación de cuestiones políticas más amplias.<sup>9</sup>

Por lo aquí explicitado el avance hacia un cambio simbólico era, ciertamente, una potencialidad que solamente hubiese podido desarrollarse si aquel poder del estar juntos que sostiene a la esfera pública no se hubiese desvanecido. Es, sin embargo, propio de los periodos de apertura del sistema, de crisis, cuando la esfera pública parece recargarse de acción y sentido que luego, por lógica decantación, va mermando a la vez que va instalando un nuevo campo de sentido. La aparición del momento de indecibilidad desnuda el vacío social, y una vez restablecido vuelve a esconderse en la esfera que le es propia. De esta manera, el enfrentamiento entre la política y lo político se pone de manifiesto si entendemos a la política como un complejo social separado, un subsistema positivamente determinado de relaciones sociales en interacción con otros subsistemas, y a lo político como el momento de apertura, el momento de indecibilidad, en el que se cuestiona el principio estructurante de la sociedad, la forma fundamental del pacto social (Zizek, *op. cit.*).

Hemos visto a lo largo de esta argumentación la articulación de los diferentes discursos de los actores, hemos dicho también que la representación en la vida política es absolutamente necesaria y que la democracia está constituida, en términos de Ranciere, por la imposibilidad de la encarnación del *demos*. El peligro radica en que si los procesos de crisis no cristalizan en una puesta en escena que logre aglutinar en un fuerte proceso institucional las demandas de los diferentes y heterogéneos actores e intereses que participaron del mismo, el pedido de la “verdadera democracia” puede constituirse en el intento de la encarnación de la representación; con lo cual la anulación de la posibilidad de la diferencia se manifestaría en toda su magnitud, poniendo en jaque a la misma democracia que en, un sentido, potencia el proceso de crisis. La encarnación del *demos* en “un grupo” (en este caso en nombre del pueblo, del “verdadero pueblo”) puede poner de manifiesto el rechazo a cualquier forma de

---

<sup>9</sup> Como la ocurrida en la marcha piquetera del 27 de enero de 2002, donde se decide apoyarla y unir los reclamos: “piquetes y cacerolas, la lucha es una sola”.

representación e institucionalización, postulando la transparencia del sistema

Podría cuestionarse lo que potencialmente afirma el proceso: la imposibilidad (pero la absoluta necesidad de su construcción) de la totalidad. Debemos decir que este intento representaría la anulación del exterior constitutivo del sistema, lo cual desencadenaría la negación de la posibilidad de la diferencia generando una transparencia estructural “imposible”. Es aquí donde el grito ingenuo del niño que dice: “el rey está desnudo” se transforma en una potencialidad pero también en un temible peligro: la desintegración de una comunidad de sentido (pero no cualquier comunidad de sentido sino de la que éramos parte “nosotros”), la cual no necesariamente deviene en la generación de una “más democrática” sino que, en tanto pone en marcha inocente pero inescrupulosamente la catástrofe del enfrentamiento de los sujetos al estado real de las cosas, nos enfrenta a la mera fragmentación. La incapacidad de la generación institucional puede devenir en la tragedia del intento de la transparencia absoluta.

Esta tensión entre, podríamos decir, falla constitutiva y transparencia absoluta encontró su traducción práctica al interior de las discusiones que se desarrollaron en las asambleas porteñas. Mostrando de esta manera que la relación entre crisis y democracia es siempre compleja, y al mismo tiempo que guarda potencialidades esconde peligros.

*marinalarrondo@udesa.edu.ar*

**Marina Larrondo.** Licenciada y Prof. en Sociología (UBA), maestranda en Educación, Universidad de San Andrés, becaria Fundación Luminis.

*nicolaspatrici@yahoo.com.ar*

**Nicolás Patrici.** Licenciado en Ciencia Política, UBA-CONICET, Drando. Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

Recepción: 27 de abril de 2005

Aprobación: 13 de mayo de 2005

## Bibliografía

- Aboy Carlés, G. (2001), *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario: Homo Sapiens.
- Armellino, M. (2002), *Acción colectiva y acciones de protesta: el caso de la CTA*, Buenos Aires: mimeo.
- Cheresky, I. y J. M., Blanquer (2003), *De la ilusión reformista al descontento ciudadano*, Rosario: Homo Sapiens.
- Cheresky I. (2003), *En nombre del pueblo*, mimeo.
- Laclau, E. (1995), *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires: Ariel.
- Laclau, E., *La teoría de la ideología. Clase Pública*, Universidad de Buenos Aires.
- Lefort, C. (1990), *La invención democrática*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lefort, C. (1993), "Democracia y representación", en *La sociedad contra la política*, Montevideo: Piedra libre.
- Lefort, C. (1986), *The political forms of the modern society*, Cambridge: Polity Press.
- Marx, K. (1999), *Sobre la cuestión Judía*, Buenos Aires: CS Ediciones.
- Novaro, M. (1994), *Pilotos de tormenta, crisis de representación y personalización de la política argentina 1989-1999*, Buenos Aires: Ediciones Letra buena.
- Pérez, G. (2001), *Pálido fuego: Hannah Arendt y la declinación de la figura del trabajador en las sociedades contemporáneas. Apuntes sobre los piqueteros en Argentina*, Buenos Aires: mimeo.
- Rancière, J. (1996), *El desacuerdo*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Schuster, F. et al. (2002), "La trama de la crisis, modos y forma de la protesta social a partir de los acontecimientos de diciembre de 2001", en *Informe de coyuntura*, núm. 3, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Zizek, S. (1992), *El sublime objeto de la ideología*, México: Siglo XXI.
- Zizek, S. (1998), *Porque no saben lo que hacen. El goce como Factor Político*, Buenos Aires: Paidós.